

Capítulo 1

Caciques, reyes y arqueólogos entre dos mares

1.1 UN POBLADO, UN RÍO Y UN TAPÓN

Santa María de la Antigua del Darién es un nombre largo, muy largo. Es un nombre compuesto, podríamos decir tri-compuesto: Santa María - de la Antigua - del Darién. Las partes que componen este nombre, al ser analizadas de manera independiente, nos introducen en un momento histórico específico. Cada palabra, asociada a la siguiente, nos acerca a la historia que queremos contar, como una lupa, como una lente sucesiva con un aumento cada vez mayor, como un microscopio. Santa, Santa María, es un referente directo de la sociedad europea medieval, en un periodo en que la religión es el centro del vivir cotidiano, del pensamiento filosófico y del pensamiento político de toda una sociedad. Desde hacía siglos, pero en forma sobresaliente a partir del siglo XII, la imagen de María, como madre del redentor, imagen multifacética del sufrimiento y de la entrega femenina, es central, y su culto se había esparcido en toda Europa con una fuerza comparable al culto por su hijo. La representación artística y del culto hacia María como madre de Dios, se había vuelto preponderante en todas las iglesias y monasterios del viejo continente: madre todavía no-madre, que recibe el anuncio por parte del espíritu santo, madre embarazada, madre virgen, madre nodriza, madre que llora el hijo muerto. La siguiente parte de nuestro nombre, “de la Antigua”, nos introduce a una imagen particular, una cara particular de María, Santa María de la Antigua,¹ y esto nos acerca aún más a nuestra historia. En España hay muchas imágenes de la Virgen de la Antigua, pero una en particular fue venerada por muchos de los navegantes cuyo destino eran las indias occidentales, como es el caso del propio Colón (Vignolo 2008), que es la imagen de Santa María de la Antigua custodiada en la catedral de Sevilla. Se cree que esta imagen remonta a la época visigoda y que quedó oculta en la mezquita de Sevilla

hasta la reconquista, momento en el cual “milagrosamente” reapareció induciendo al Rey Fernando a construir ahí la catedral (De Mena en Vignolo 2008).

Las primeras partes del nombre que estamos analizando, Santa María de la Antigua, pertenecen claramente a un mundo, a un espacio geográfico, temporal y culturalmente bien definido del planeta: la Europa tardo medieval. La última parte irrumpe en el nombre como un grito, una disonancia que ahora suena a exotismo: Darién. Hoy en día esta palabra evoca una región geográfica entre Panamá y Colombia, y es conocida casi solo en asociación con otra palabra: Tapón. Se entiende por “Tapón del Darién” un territorio de bajas montañas recubiertas por selvas tropicales casi impenetrables que divide en dos el continente americano, un terreno tan inhóspito que ni la arteria principal de América, la carretera pan-americana, ha logrado vencerlo.

Pocos saben que el famoso Tapón es relativamente reciente y que es probablemente el resultado de la despoblación creada a partir de la conquista hace más de 500 años (Cooke et al. 2003, 11-13), en un sitio donde antes de la llegada de los españoles vivían más de 500 mil personas² que hablaban una lengua llamada Cueva. Eran cultivadores y pescadores, y estaban organizados en grupos regionales conectados entre sí por relaciones de parentesco, a veces amistosas, muchas veces de conflicto. Pocos saben, además, que el nombre Darién tiene su origen en el nombre, seguramente mal interpretado por los españoles, de un pequeño río que nace en la vertiente oriental de la serranía homónima, en un territorio que hoy en día pertenece a Colombia y que desembocaba en Mar Caribe a unos 4 kilómetros al occidente de la boca principal del Río Atrato (y que hoy desemboca desde la Ciénaga de Marriaga en el mismo Atrato). A las orillas de este río existió, desde el siglo XI de nuestra era, un poblado indígena que llevaba el mismo nombre y que terminó



Figura 1. Portulano de la Herzog Bibliothek (detalle, anterior al 1531) y Mapa de Alonso de Chaves (detalle, 1533).



Figura 2. Mapa de Diego Gutiérrez y Hieronymus Cock (detalle, 1562).

siendo conquistado por un grupo de españoles en 1510, dando lugar a la fundación de la primera ciudad castellana en tierra continental del territorio que hoy conocemos como América. Esta ciudad no duró mucho, ya que fue abandonada y quemada en el año 1524, pero su memoria perduró por siglos, justamente por representar el primer pie europeo en tierra firme. Su nombre era Santa María de la Antigua del Darién (y aquí hemos puesto la última lente de nuestro microscopio), ya que uno de sus fundadores españoles, Martín Fernández de Enciso, como Colón y muchos otros, era muy devoto a la virgen de Sevilla, de la cual hemos hablado arriba, y porque el río sobre el cual se fundaba se llamaba Darién; sin embargo, esta ciudad desde el comienzo fue conocida por sus habitantes³ y por los cartógrafos sencillamente como Darién.

En la cartografía de las nuevas tierras americanas asistimos a una lenta génesis. En el portulano conservado en la Herzog Bibliothek, anterior al 1531, se indica el sitio de la ciudad como “El Dariém”; en el

mapa del “Mundus Novus” de Alonso de Chaves del 1533 aparece como “dariem”; y en el mapa de Diego Gutiérrez de 1562 es llamada “darien”. Debe considerarse que en el año 1562 la ciudad había desaparecido hacía casi cuarenta años.

En un mapa de 1597 por primera vez el nombre de Darién no indica más el sitio de la ciudad sino tan solo el del río, pero ya no el originario Río Darién, sino el que ahora conocemos como Atrato, anteriormente llamado Río San Juan. No obstante, en este mapa sigue estando presente Dabaybe, sitio imaginario que da origen al mito de El Dorado, donde las leyendas de los primeros conquistadores indicaban un templo enteramente construido en oro, sitio que ya había sido señalado en todos los mapas precedentes y que los españoles intentaron encontrar a partir de varias expediciones catastróficas. Otro mapa del 1600 sigue denominando al hodierno Atrato como Río Grande del Darién, pero ya no representa solo el río, sino toda la parte baja del Golfo de Urabá.

En otro mapa de 1610 toda la atención se concentra en la mítica Dabaybe, ubicada en un punto impreciso tierra adentro junto al Río Atrato (nuevamente llamado Río Darién). En cambio, el nombre de Santa María de la Antigua desaparece, surgiendo Acla, ciudad que en ese entonces ya había desaparecido hacía unos sesenta años.

En un atlas del holandés Jan Janssonius de 1646 Darién vuelve a aparecer, así como muchas otras fundaciones (españolas e indígenas) ya desaparecidas

hacia tiempo, entre estas Acla, Careta, Pocorosa y Comogre. En cambio, llama la atención que en este mapa ya no hay rastros de la legendaria Dabaybe.

En el siglo siguiente, la ciudad sigue existiendo en los mapas, pero con su nombre castellano, mientras que Darién pasa a definir la región que la contenía y el Golfo.

De esta manera asistimos a un fenómeno que podemos llamar “memoria cartográfica a largo plazo”: una ciudad destruida y abandonada en 1524 seguía

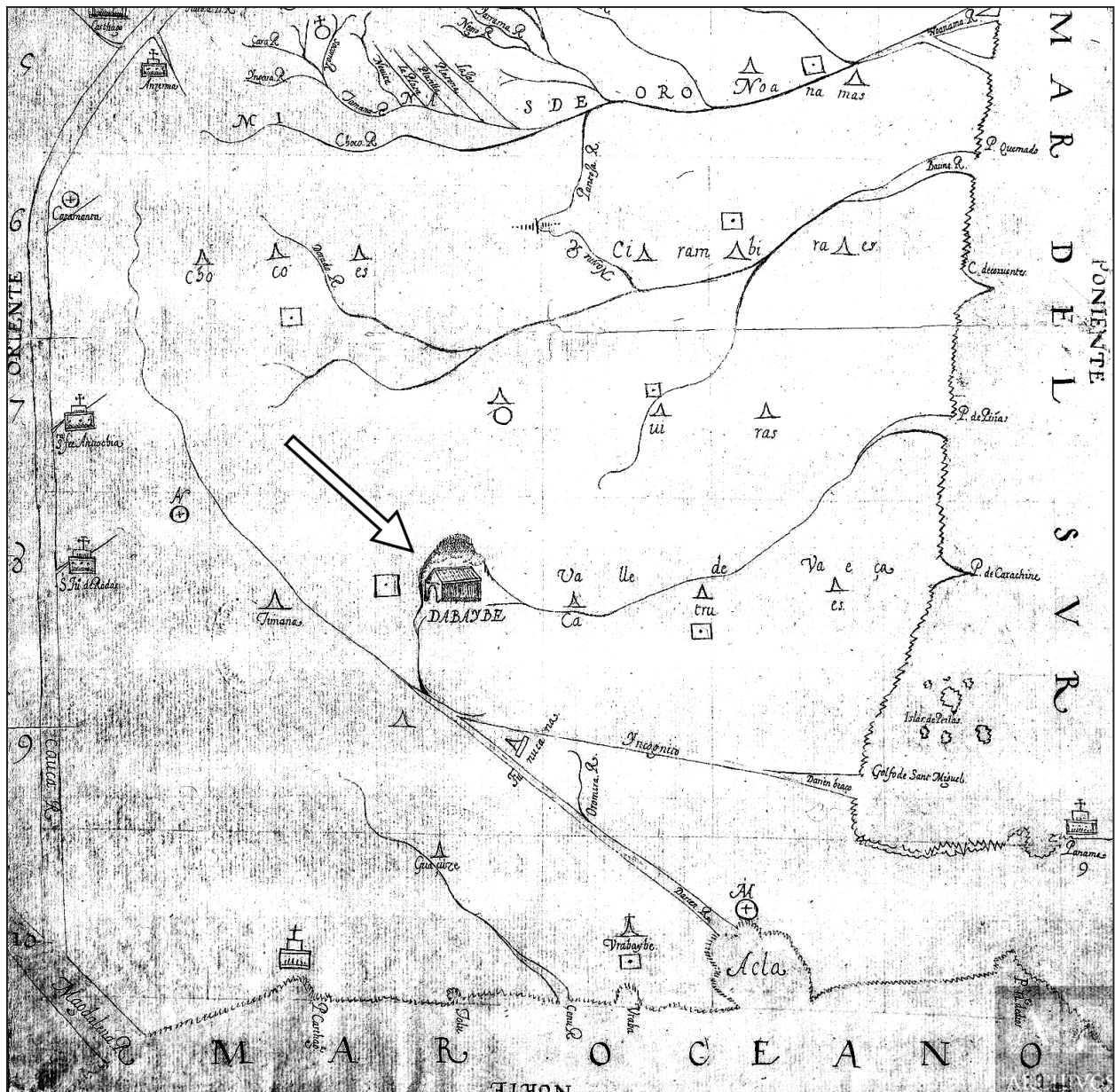


Figura 4. Mapa del Chocó, 1610.

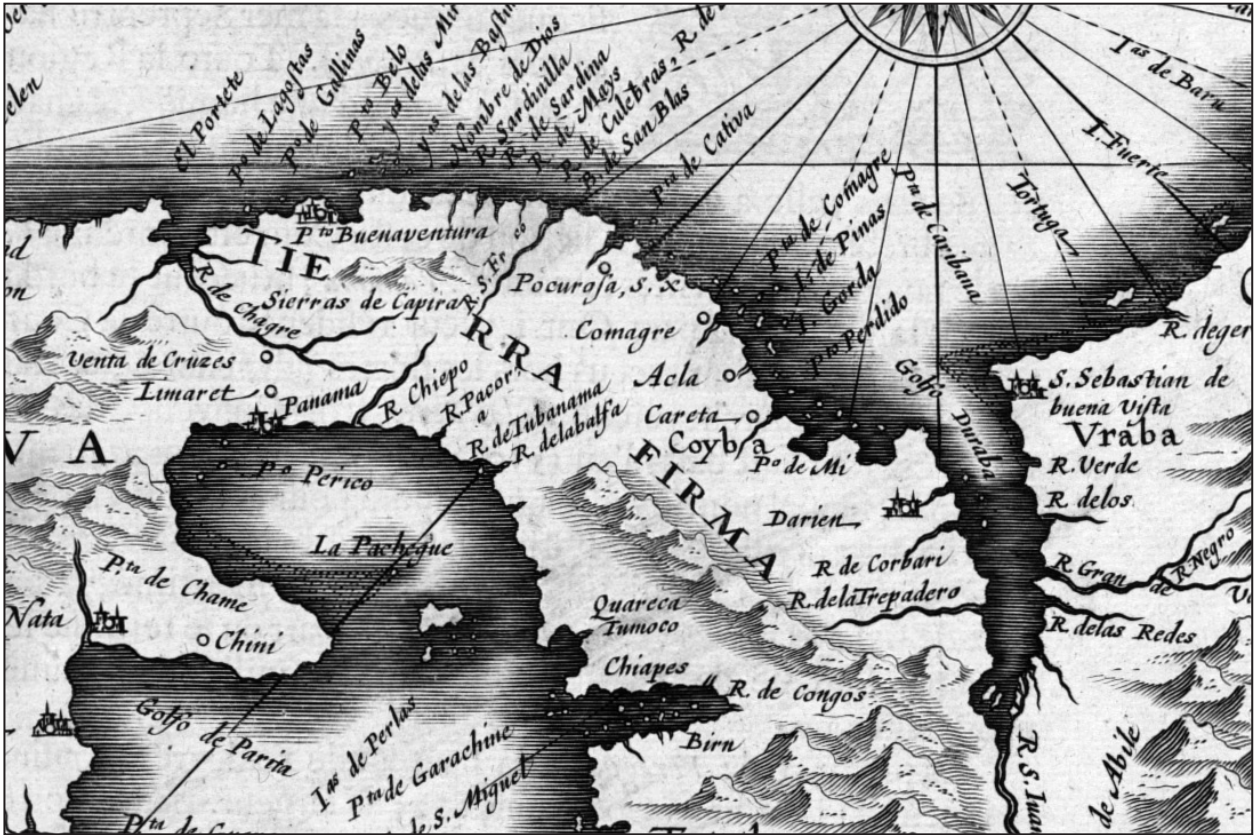


Figura 5. Atlas de Jan Janssonius, detalle, 1646.

existiendo hasta finales del siglo XVI en los mapas, en razón a que cada mapa era casi siempre la copia (realizada en una oficina europea) de uno más antiguo y resultaba complicado determinar aquellas fundaciones que habían dejado de existir. Es igualmente interesante que en estos mapas del siglo XVI sitios reales y lugares legendarios, como Dabaybe, aparecían con la misma autoridad.

Cuando por fin fue claro que Santa María de la Antigua había cesado de existir, a comienzos del siglo XVII el nombre Darién finalmente deja de indicar el sitio de la ciudad y se vuelve una denominación geográfica; en cambio, para el lugar imaginario de Dabaybe queda aún espacio en las tierras hasta ese momento incógnitas. Llama la atención, sin embargo, que en los mapas del siglo XVIII la ciudad vuelve a representarse con su denominación alusiva a la cristiandad europea, mientras que Darién empieza a definir toda una región: los dos nombres se han separado. A partir del siglo XIX la ciudad no aparece más, bajo ninguna denominación, y el nombre Darién empieza a figurar en los mapas para definir una región cada vez más

amplia, al punto que, hoy en día, como se dijo al comienzo, ya no hay memoria de la ciudad, ni del río, ni del poblado indígena: el nombre Darién actualmente define toda la región y casi siempre se asocia a la palabra “tapón”.

1.2 DE CENTRO A PERIFERIA (DE LA GLORIA AL OLVIDO)

El azar fue uno de los grandes protagonistas de toda la primera parte de la conquista ibérica del continente conocido hoy como América. Entre las muchas jugadas del destino, la primera y definitivamente crucial, es el hecho de que Colón se encontrara por casualidad (y por error de cálculos) con las Antillas, mientras navegaba rumbo al Catay y al Cipango. El encuentro con la que se iba dibujando cada vez más claramente como una nueva tierra de dimensiones considerables, puso a los gobernantes españoles frente a una situación totalmente nueva, a la que se enfrentaron con estrategias a veces contradictorias, pero siempre sacadas del

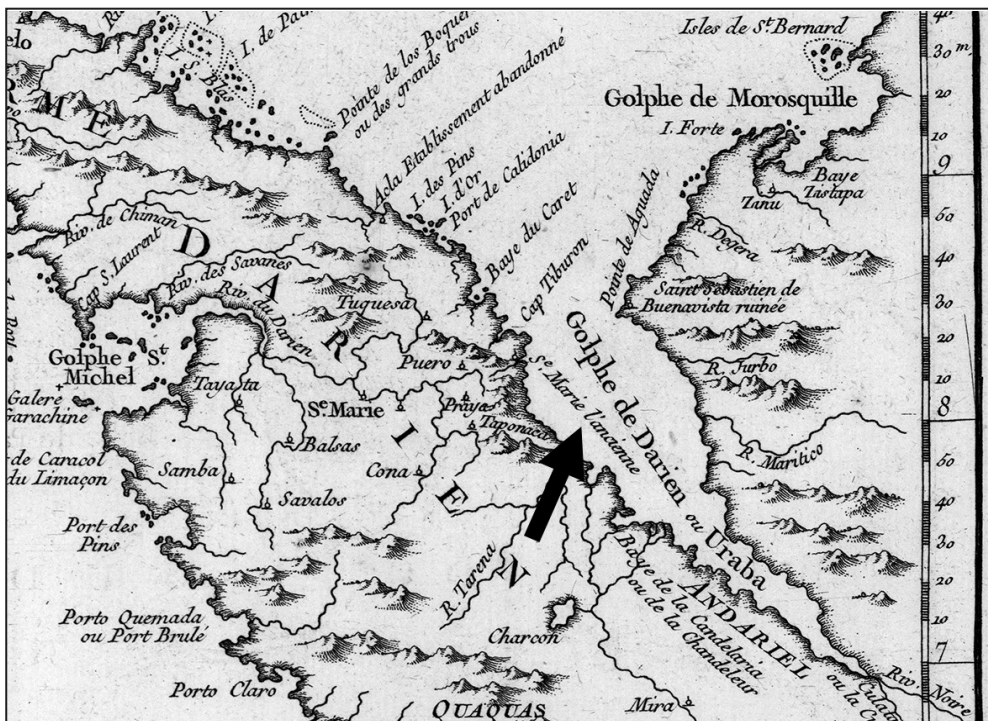


Figura 6. Carte particulière de l'Isthme de Panama, Golfe de Darien, Côte de Carthagene, jusqu'à S.te Marthe. Sr. d'Anville, Géographe Ord.re du Roi. Avril 1730. Particular (arriba). Carte de l'Isthme de Panama et des Provinces de Veragua Terre Ferme et Darien. 1764 (Tome II N° 10). Particular (abajo).

equipaje político y militar que ya venían implementando en su fase de expansión y consolidación europea. El concepto imperial, en Europa, estaba vinculado con una línea ideal que, desde el Sacro Romano Imperio Germánico, contemporáneo a las primeras fases de la Conquista, pasando por el Sacro Romano Imperio de Carlomagno, llegaba directamente al Imperio Romano de Occidente. Y no hay que olvidarse que fue justamente la caída definitiva del Imperio Romano de Oriente, o sea de Bizancio, con la conquista de Constantinopla por parte de Mohamed II en 1453, lo que desató la necesidad de abrir nuevos caminos hacia las Indias.

Y es precisamente en el modelo imperial romano que los Reyes de España se inspiraron cuando se tuvieron que enfrentar al abismo de lo desconocido: los gobernadores y las gobernaciones de las nuevas colonias eran la transliteración de los gobernadores romanos en las provincias imperiales; de esta misma forma, el principal recurso de la dominación territorial fue la fundación de ciudades, las cuales fungieron como baluarte militar y al mismo tiempo simbólico de la naciente expansión imperial española. Así mismo, las ciudades de las nuevas colonias se construyeron con inspiración en el modelo ideal de la ciudad ortogonal de origen greco-romana, en su nueva declinación renacentista, que ponía en el centro de la cuadrícula la iglesia catedral y la Plaza Mayor.

Sin embargo, los modelos de dominación imperial y los trazados ideales de las ciudades por fundar, tan claros en la teoría, se fueron transformando y ajustando al enfrentarse con la realidad de las nuevas tierras, o sea, con las poblaciones que las habitaban y con un medio ambiente tan disímil del europeo.

En este sentido, Santa María de la Antigua del Darién es un caso paradigmático ya que es la primera ciudad castellana fundada en la Tierra Firme del nuevo continente. De esta ciudad no conocemos el plano, nadie lo dibujó, pero tenemos el registro histórico de cómo se planteó edificarla y de la envergadura de la misión: las instrucciones del rey al gobernador Pedro Arias de Ávila sobre la estructura y la ubicación de las nuevas ciudades, la increíble empresa, financiada por la corona, de una flota de veinte barcos cargados con todos los elementos que se suponían esenciales en una ciudad castellana del siglo XVI, y los dos mil pasajeros de esa misma flota seleccionados como representantes de todos los oficios, desde los campesinos hasta el obispo, son el testimonio del ideal de ciudad

que se buscaba levantar en medio de un continente desconocido. Obviamente, los planes fracasaron y el ideal tuvo que moldearse y transformarse en algo probablemente menos sublime, pero con seguridad novedoso.

¿Cómo empieza esta historia? Obviamente podría tener muchos puntos de partida, y cada uno de ellos nos llevaría a contarla de forma distinta. Uno de estos puntos de partida fue seguramente otro tapón, anterior al del Darién: el que se constituyó en Constantinopla después de la conquista turca de 1453 y que interrumpió los caminos hacia las especias y la seda, la verdadera base del comercio de bienes de lujo en Europa. Este hecho impulsó a las nuevas potencias navales de Europa, el reino de Portugal y los reinos de Castilla y Aragón, a buscar otros caminos hacia las especias con misiones oceánicas que, como es sabido, tuvieron resultados muy distintos. Cuando ya fue claro para los Reyes Católicos de España que lo encontrado en medio de estas exploraciones era una tierra de enormes dimensiones, y no unas islas de menor importancia en medio del océano, se abrió un panorama completamente nuevo.

Después de una Cédula Real expedida en 1500 a través de la cual la Reina Isabel intentaba defender los derechos de los nativos americanos llamándolos “vasallos libres”, en una nueva cédula de diciembre de 1503, se abrió nuevamente un espacio legal para la esclavización de los nativos americanos de las tierras hasta ese momento conocidas, “especialmente de los caníbales y belicosos” (Melo 1996). Entre 1503 y 1508, fecha en que se redactaron las leyes de Burgos que regulaban las políticas sobre el trabajo de los indios, muchas expediciones con fines esclavistas visitaron y saquearon las costas del nuevo continente. Es en este lapso de tiempo, en 1504, que el piloto y geógrafo Juan de la Cosa (posiblemente acompañado por Vasco Núñez de Balboa, como relata Oviedo) emprendió un viaje de rapiña con fines esclavistas en las costas en ese entonces exploradas del nuevo continente.

(...) de allí de Urabá, por lenguas que tomaron de algunos indios que prendieron, se informaron estos cristianos de la provincia del Darién, que está cinco o seis leguas frontera de Urabá en la otra costa, donde les dijeron que allí avia mucho oro. Y pusieron obra

de atravessar y passar allá, y assi lo hicieron, y surgieron donde mejor les pareció, y entraron por el río arriba del Darién con los bergantines y bateles de las naos una mañana antes que amaneciese; y dieron en el pueblo de los indios, que estaba cerca del río de la otra parte, y allí tomaron algunos indios y prendieron el cacique, el cual despues se les huyó.(...) Y estando esta gente dentro del mismo pueblo del Darién y sus naos surtas fuera del río en la mar, cerca de tierra en la costa(...) (Fernández de Oviedo 1851-55, II, 415).

En el año 1508 el Rey Fernando firmó la Capitulación de Burgos (perfeccionada pocos días después por la Reina Juana) en la cual otorgó por un periodo de cuatro años los territorios hasta entonces conocidos, denominados Veragua y Nueva Andalucía, a los futuros gobernadores Diego de Nicuesa y Alonso de Ojeda, “para hacer en ellas los asientos que en esta capitulación serán contenidos” (AGI, Indiferente General, 415 en Mena, 2011).

En octubre de 1510, Alonso de Ojeda fundó en la costa oriental del Golfo de Urabá el fuerte de San Sebastián, que se pretendía erigir como la futura capital de su nueva gobernación; pero las cosas no le funcionaron, ya que los españoles prácticamente no lograron salir del fuerte por los continuos ataques de los indígenas Urabaes, armados con flechas envenenadas con curare. En poco tiempo se acabaron las provisiones y las bajas eran muchas, a tal punto que a los seis meses de su fundación, de los trescientos hombres llegados con Ojeda no quedaban sino unos cincuenta. Los demás murieron de desnutrición, de enfermedad o como consecuencia de las infecciones en las heridas causadas por el curare (Fernández de Oviedo, 1851-55, II, 427); el mismo Ojeda se extravió en el mar en el empeño de alcanzar La Española y los refuerzos que allí estaba reuniendo su teniente de capitán Martín Fernández de Enciso. Cuando los pocos sobrevivientes abandonaron San Sebastián, en el extremo intento de volver a La Española montados en dos bergantines (embarcaciones demasiado pequeñas para una navegación oceánica), se encontraron en la bahía de Cartagena con los muy esperados refuerzos liderados por Martín Fernández de Enciso. Este, no obstante la insistencia de los tripulantes de los bergantines, decide volver a San Sebastián con el único resultado de encallar el barco con el cual llegaba de La Española (el único que quedaba para poder volver a la misma isla) en los bajos frente a la punta Caribana,

perdiendo de esta manera buena parte de los víveres que llevaban (Fernández de Oviedo 1851-55, II, 427). Naturalmente, mientras tanto, San Sebastián había sido quemado por los indígenas, así que los españoles decidieron moverse al otro lado del golfo, donde los indios al parecer no utilizaban el curare (Mena 2011). La decisión es tomada bajo sugerencia de Núñez de Balboa, *deus ex machina* en esta historia, ya que había estado ahí seis años antes, como hemos visto, en “el pueblo río arriba del Darién”.

El nombre de este asentamiento indígena, como nos dice claramente Fernández de Oviedo, era igual al del río que le corría al lado:

...y estaba muy gentil población, y con un hermoso río que passa pegado a las casas de la ciudad, de muy buena agua y de muchos buenos pescados. Este es el río del Darién (Fernández de Oviedo, 1851-55, III, 33).

El río que por allí passa y el pueblo tenían un mismo nombre (Fernández de Oviedo, 1851-55, II, 427).

Así que no queda duda de que el poblado gobernado por el cacique Cemaco se llamaba *Darién*, o por lo menos que esta fuera la interpretación del gran cronista de la primera fase de la conquista, ilustre vecino de la ciudad de Santa María de la Antigua y alcalde de la misma en sus últimos años antes del abandono.

Ha habido mucha confusión respecto al nombre de este poblado, especialmente porque los mismos cronistas llamaron la provincia donde estaba fundado como *provincia del Darién* (Fernández de Oviedo, 1851-55, II, 415), aunque a veces se refieren a la misma como *provincia de Cemaco* (Fernández de Oviedo, 1851-55, III, 6).

Sin embargo, una de las formas más utilizadas es *provincia de Cueva* (Fernández de Oviedo 2011, 116, 244), haciendo referencia a la población que la habitaba y a la lengua que utilizaba. Según el trabajo basado en el análisis de las fuentes históricas y en la comparación lingüística de la historiadora Kathleen Romoli (Romoli, 1987), el poblado de *Darién* estaba ubicado en la margen oriental del amplio territorio perteneciente a las poblaciones de habla Cueva, en posición fronteriza con otras poblaciones del Golfo de Urabá y de la costa pacífica, que posiblemente se pueden relacionar con los actuales Kunas (Vargas, 1993).

La amplia discusión acerca de la identidad de las poblaciones autóctonas que residían en esta región en el momento de la llegada de los españoles, ha llevado a la mayoría de los estudiosos del tema a proponer la

hipótesis de que estas poblaciones no conformaron una verdadera unidad socio-cultural, sino más bien una serie de comunidades diversas que compartieron una misma lengua, la “lengua de Cueva” (Cooke y Sánchez, 2004). Hoy en día no hay claridad sobre si esta lengua constituyó una especie de lengua franca para transacciones comerciales, o era una misma lengua caracterizada por presentar variantes con una raíz común. En el capítulo 4 profundizaremos un poco más sobre este tema.

Una vez llegados al poblado de Darién, los españoles se enfrentaron con los indígenas liderados por su cacique Cemaco logrando vencer (Fernández de Oviedo, 1851-55, II, 415). El poblado fue nombrado Santa María de la Antigua del Darién en honor a la imagen de la virgen que se encuentra en la catedral de Sevilla, que como hemos visto era el principal foco de devoción de los navegantes que viajaban hacia las indias occidentales.

Este fuerte, que surgió más por hambre y casualidad que por planeación, en el interior del nuevo continente, a unos 6 km de la costa río adentro, se transformó en poco tiempo en la primera avanzadilla de la conquista, el primer enclave español en un universo indígena.

Con el descubrimiento del Mar del Sur en 1513 se abrió la posibilidad para los españoles de continuar el rumbo hacia oriente y las indias. Este hecho sumado a que en el año 1514 se asignó el título de ciudad y de diócesis, convirtieron a Santa María de la Antigua del Darién en el centro del nuevo imperio de los españoles, o más bien de las esperanzas de un nuevo imperio. Es el único momento en la historia moderna en que el Urabá occidental es el centro de algún interés estatal.

1513 es un año importante para la pequeña nueva colonia española perdida en un océano verde de selva, circundada por un número indeterminado de habitantes autóctonos. Vasco Núñez de Balboa es, hace tres años, el líder incontestado, sin ningún derecho oficial, de la nueva fundación/ocupación: ha sido elegido en los primeros días de la ocupación en un momento de agitación en el cual los recién llegados, sin barcos para volver a la Española ni jefe (en ese momento perdido en Cuba), se han tomado la libertad de despreciar la autoridad del segundo en jefe, Martín Fernández de Enciso.

Enciso, al obligarlos a volver a San Sebastián de Urabá, había demostrado una rigidez que casi los había condenado al desastre. Por esto deciden favorecer a un señor nadie, muy popular entre la tropa, seguramente carismático, y capaz de inventar la forma de sacarlos de la playa de San Sebastián, mientras los restos del fuerte todavía oían a quemado. Vasco Núñez y su grupo de baquianos, en esos primeros tres años, destierran, en primer lugar, a las autoridades oficiales, o sea, al lugarteniente del gobernador Ojeda, al bachiller Enciso y al gobernador de Veragua Diego de Nicuesa, y luego logran dominar la región con una política de violencia, trueques y alianzas. Balboa entiende que las fuerzas españolas son demasiado débiles para enfrentarse a los cientos de miles de indígenas que poblaban en ese momento las tierras circundantes con la fuerza militar y el sometimiento. Por este motivo emprende una política que se puede definir como “de terror y trueque”, alternando aquellos episodios puntuales de violencia feroz y brutal, con propuestas de alianza y de intercambio de bienes. De esta forma logra mantener la paz con un gran número de caciques locales y obtener los bienes de subsistencia para la nueva colonia que poco a poco se va ampliando.

En este mismo año, 1513, Balboa se entera de la existencia de otro mar, gracias a las buenas relaciones que había tejido con los caciques de la región, en especial con los de Careta y Comogre. Emprende la misión el primero de septiembre de 1513, partiendo de Santa María de la Antigua del Darién con ochocientos hombres, llegando al Océano Pacífico el 29 del mismo mes y allí, con 27 de sus hombres, tomando posesión a nombre de la Corona de España “...destas mares e tierras e costas e puertos e islas australes, con todos sus anejos e reinos e provincias...”. (Fernández de Oviedo 1851-55, III, 13).

En el mismo año el Rey Fernando, después de recibir las cartas de Balboa que describen una tierra riquísima, decide emprender una enorme empresa a costa de la Corona. Teniendo en cuenta que Santa María no sólo ha sobrevivido con éxito, sino que se ha ampliado y es, hasta el momento y de sobra, el asentamiento sobre Tierra Firme más longevo, el Rey quiere dar un paso más contundente. Ha llegado el momento de oficializar la colonización a través de un instrumento que se volverá clave en todo el proceso de la conquista española: la ciudad. Hay que instalar una ciudad castellana en medio de un continente desconocido, selvático, habitado por poblaciones en ge-

neral poco dispuestas a aceptar sumisamente el sometimiento a los nuevos llegados, y el cambio radical de sus costumbres ancestrales.

Entre 1513 y 1514 se organiza lo que sería la misión colonizadora más grande de la primera fase de la conquista, a la cual se suman cientos de personas de todos los estratos sociales y de todos los oficios, atraídos por el sueño de un paraíso al otro lado del mundo. Hay naturalmente soldados y capitanes (muchos ex combatientes de las guerras italianas), hidalgos, frailes, clérigos, pero también campesinos, zapateros, nobles con sus criados y servidores (quienes se convertirían en los primeros africanos, ya cristianizados, en llegar a la tierra continental de América), el obispo de la nueva diócesis, un tesorero, un contador, un factor, un veedor de fundiciones, un alcalde mayor, un médico, un cirujano, un boticario... y el nuevo gobernador, Pedro Arias de Ávila (llamado Pedrarias Dávila), encargado oficial de la corona para la futura capital de la provincia de ultramar de Castilla del Oro, un capitán de las guerras africanas con mucha experiencia y ya de edad avanzada.⁴ Se quiere imponer un poco de orden y restablecer las líneas de mando jerárquicas en estas tierras lejanas.

Más de dos mil personas, entre hombres y mujeres, embarcadas en cerca de 20 navíos⁵ (Mena 1998, 252; Montenegro 2011, 191) zarpan el día 11 de abril del puerto de San Lúcar de Barrameda y llegan a Darién el día 30 de junio de 1514 (Fernández de Oviedo 1851-55, III, 33). En esos barcos no solo estaba viajando una misión colonizadora, sino el ideal mismo de sociedad castellana de comienzos del siglo XVI. Se quiere implantar una ciudad castellana con todos sus atributos (religiosos, políticos, militares...) en el medio de las tierras selváticas casi ecuatoriales del Darién, un proyecto que, naturalmente, fracasará.

La llegada masiva de esta cantidad de personas con la armada de Pedrarias, genera en un principio un desequilibrio con respecto al tamaño y a la capacidad del pueblo, lo que obliga a que la ciudad se expanda para darle cabida a los nuevos habitantes y a sus necesidades. Este cambio demográfico rompe también el equilibrio entre la capacidad de producción alimenticia —que hasta ese momento ha funcionado gracias a las relaciones con los asentamientos indígenas de la región— y el número de habitantes. Este hecho conduce, en los primeros meses después de la llegada de la Armada, a una crisis de hambruna que desata numerosas enfermedades (posiblemente gastroenteritis,

amoebiasis, plagas epidérmicas generadas por parásitos de la piel, disentería, etc.) en los recién llegados, poco acostumbrados a la comida local y al medio ambiente (Saldarriaga 2011, 267). Este fenómeno fue llamado “modorra” por los cronistas, utilizando el nombre de una enfermedad que se había generado en la tropa española durante la conquista de las Islas Canarias (Las Casas (lib. III, cap. LXI) en: Severino, 1956, v 40, p. 285).

La reacción del nuevo gobernador a esta situación desastrosa no es brillante, ya que en pocos años llevará a la casi total desaparición de los habitantes autóctonos de la región. Sus decisiones tuvieron origen en su experiencia como capitán militar en Europa y en Norte África: si no se tiene como alimentar un ejército, hay que moverlo a otro lado para que se consiga el abastecimiento por sí mismo. Pedrarias mantiene huestes en movimiento permanentemente, en “entradas” lideradas por sus capitanes (muchos de los cuales también son veteranos de guerras europeas), y con esto alcanza tres objetivos: acumular rápidamente buenas ganancias a través del saqueo del oro y la venta de cientos de indígenas como esclavos (especialmente para las islas); despreocuparse por la alimentación de las huestes saqueadoras (a veces constituidas por cientos de hombres) que se procuraban alimentos en sus incursiones; y disminuir la población de la ciudad a la que se debía ofrecer sustento.

Como se dijo, muchos de los capitanes y soldados que viajaron con la armada de Pedrarias en 1514 (y seguramente varios de los que estaban ya en Santa María, como Pizarro) eran veteranos de guerras europeas, y esto lo podemos afirmar no sólo porque conocemos la biografía de algunos de ellos, sino también por un puro dato estadístico. A finales del siglo XV y hasta mediados del XVI, España se encontraba en guerra permanente: la conquista de Gran Canaria (1478-79), la guerra de Granada (1484-1492), la conquista de La Palma y Tenerife (1492-1496), la primera guerra italiana (1494-1498), la segunda guerra italiana (1499-1501), las guerras de Nápoles (1501-1504), la conquista de Navarra (1512), las guerras de África, con la conquista de Mazalquivir, Orán, Argel, Bujía (1505-1511), la guerra de la Liga de Cambrai (1508-1516), la tercera guerra italiana (1521-1526), la guerra de la Liga de Cognac (1526-1529), la cuarta guerra italiana (1536-1538), la quinta guerra italiana (1542-1546), y las guerras de Flandes (desde 1551), por enunciar aquellas hasta mediados del siglo. Podríamos

decir que no hubo un solo año, desde el 1478 hasta 1559, sin que España estuviese involucrada por lo menos en una guerra, lo que significó sobre todo un esfuerzo militar y una implementación constante del “arte de la guerra” (de la creación de los “tercios” en las tropas de Gonzalo Fernández de Córdoba, a la utilización de formaciones de arcabuceros); pero también significó una participación masiva de la población española en los campos de batalla, aunque con el pasar del tiempo el porcentaje de soldados ibéricos en el ejército español fue disminuyendo y fueron aumentando los alemanes, los valones y los italianos, en la medida en que el imperio se iba ampliando. Considerando que en esa época la población de Castilla y Navarra contaba con cerca de 5 millones de personas, y que el ejército español en los teatros de guerra europeos y norteafricanos estaba constituido por varios millares de personas (tan solo en Flandes bajo la orden del Duque de Alba había 5.000 españoles, 6.000 alemanes y 4.000 italianos), el porcentaje de combatientes y ex-combatientes entre los hombres españoles jóvenes y maduros tuvo que ser bastante alto. Ese mismo porcentaje seguramente se reflejó en los participantes de las expediciones americanas.

A propósito de lo anterior, el Rey Fernando escribe en sus recomendaciones a Pedrarias Dávila del marzo 1514: *“Debéis tener especial cuidado en castigar con todo rigor cualquiera persona que fuese causa de algún atrevimiento cuanto a lo susodicho, e le deis tal pena que a ella sea castigo e a otros ejemplo... que todo soldados que han estado en Italia que, como vos sabéis, son usados a muy malos vicios e malas costumbres e con éstos habría algún trabajo, pero habéis de tomar para remediarlo, pues sabéis cuánto conviene”* (en Mena 1998, 55).

Los españoles llegaron a las nuevas tierras americanas bien entrenados con tácticas de guerras europeas, en las que el saqueo, las violaciones y las masacres estaban a la orden del día (García 2008, 30). Estas técnicas aplicadas en un contexto completamente distinto, sumadas a la necesidad de conseguir esclavos para la venta en las islas, para el trabajo en las minas, y para el trabajo doméstico, causaron una rápida desolación en las tierras recién descubiertas.

Las poblaciones de habla Cueva que habitaban el Istmo a la llegada de los españoles estaban organizadas en grupos que dominaban pequeñas regiones (tradicionalmente llamados por historiadores y arqueólogos “cacicazgos”) que colindaban entre sí. Los españoles

nombraron a estas regiones “provincias”, generalmente con nombres alusivos a los jefes locales (a los que ellos inapropiadamente asignaban el título de “Caciques”, designación utilizada por los indios de La Española, mientras que en lengua Cueva se utilizaba la palabra “Tiba”). Ejemplo de ello son la Provincia de Careta, la Provincia de Pocorosa, La Provincia de Ponca, etc.

En ese sentido, Pedrarias Dávila aclara al Rey que por Veragua no se entiende una región amplísima (como hasta ese momento se había considerado) sino que *“acá no tenemos por Veragua más de cuanto es la provincia que el mismo cacique de Veragua posee que son diez o doce leguas de término y así tenemos y entendemos de esta manera por todas las otras provincias de cada cacique y los caciques que confinan unos con otros tienen sus límites y mojones señalados cada uno lo suyo, y así los cristianos como digo de esta manera entendemos las provincias y así decimos la provincia de tal cacique y de tal cacique (...) a la parte del Darién hay las provincias de Nombre de Dios y del Golfo de San Blas y de Pocorosa y de Comogre y de Careta y todas estas las unas y las otras están y confinan en la dicha cordillera de la sierra”* (Memoria que da Pedrarias sobre la provisión a Vasco Núñez de Balboa de la gobernación y adelantamiento, AGI Patronato 26/4, en Jopling 1994, 22).

En general, los pueblos no eran muy grandes y tenían una conformación dispersa, con varios grupos de casas con sus cultivos organizados alrededor de la casa de un principal y separados por vegetación. Andagoya escribe: *“En estas provincias no había pueblos grandes, sino cada principal tenía en sus tierras tres o cuatro casas o más, según era; estas juntas y así a vista unas de otras: cada uno donde sembraba allí hacía su casa”* (1986, 89).

Casi siempre estaban asentados cerca al mar o a los ríos y quebradas, porque su principal fuente de alimento era el pescado, el cual pescaban con redes de algodón: *“estos indios tienen sus asientos, algunos cerca de la mar; y otros cerca del río o quebrada de agua, donde haya arroyos y pesquerías, porque comúnmente su principal mantenimiento y más ordinario es el pescado, así porque son muy inclinados a ello, como porque más fácilmente lo pueden haber en abundancia. La forma de cómo pescan es con redes, porque las tienen y saben hacer muy buenas de algodón”* (Fernández de Oviedo 1950, 117). Estas poblaciones eran agricultoras y, además del algodón,

cultivaban maíz, yuca, batatas y varias especies de calabazas (Fernández de Oviedo 1851-1855, III, 133).

Las guerras entre territorios vecinos eran frecuentes y cruentas, y surgían especialmente por razones de linderos, a veces entre caciques emparentados (Andagoya en Jopling 1994, 29). Las armas utilizadas en la tierra de habla Cueva eran las macanas, una especie de espada ancha y pesada de doble filo, hecha en una madera muy resistente “*que aunque den sobre un yelmo harán desatinar a cualquiera hombre recio*” (Fernández de Oviedo 1950, 113); lanzas largas siempre de madera muy resistente, como la jagua, en algunas provincias “*tan luengas o más que picas*” (Fernández de Oviedo 1851-1855, III, 129); y dardos o lanzas pequeñas que se arrojaban con propulsores, que eran palos labrados llamados “estóricas”, “*y sacúdenla muy regia y derecha y lejos, o cerca, bien guiada, como buenos punteros*” (Fernández de Oviedo 1851-1855, III, 126). En general, las batallas terminaban cuando se lograba capturar un número suficiente de enemigos para volverlos esclavos (Fernández de Oviedo 1851-1855, III, 129).

Como es natural, en Europa, paralelamente al “arte de la guerra”, se había desarrollado en los milenios algo que podríamos definir como un “arte de la sobrevivencia a la guerra” por parte de las poblaciones civiles que tuvieron que desarrollar técnicas de resistencia, de desplazamiento, y de abastecimiento para no desaparecer completamente en el transcurso del pasaje de los ejércitos por sus tierras (García 2008, 31 y 37-38). Esto no estaba presente en las nuevas tierras americanas y fue probablemente una de las concausas del rápido desdoblamiento de las tierras del Istmo, en conjunto con otros factores bien conocidos como son la llegada de enfermedades contra las cuales los habitantes autóctonos no tenían defensas, y la relativa superioridad militar generada por las armas de fuego, los perros de guerra y los caballos.

“*Véase a cuantos asaron y quemaron vivos, a cuántos echaron a los perros bravos que los comiesen vivos, a cuantos mataron, porque estaban gordos, para secalles el unto para curar las llagas de los castellanos, a cuantos degollaron, que encadenados llevaban cargas, porque se cansaban y por non quitalles las argollas; pues solo el Licenciado Espinosa, teniente de Pedrarias, mató en pocos días, en una entrada, sobre cuarenta mil hombres y metió dos mil captivos en el Darién*” (Antonio de Herrera en: Toribio Medina, 1920, v. 2, p. 522).

El nombramiento oficial como ciudad castellana dotada de escudo de armas, después del limbo administrativo de los primeros cuatro años, implicaba la llegada de la iglesia y demás instituciones, con toda la fuerza estatal que respaldaba una política evangelizadora, de control de las fundiciones del oro, y del repartimiento de los indígenas como naborías o esclavos y de la hacienda de la Corona.

En su calidad de capital de la gobernación de Castilla del Oro, Santa María de la Antigua del Darién se vuelve el centro de una expansión fundacional hacia nuevos poblados sobre el Océano Atlántico como Acla (1515) y Nombre de Dios (fundada en 1510 y repoblada en 1519) y sobre el Pacífico, como Panamá (1519), lo que garantizaría el dominio del nuevo mar y sus nuevas rutas. Aunque la ruta del Pacífico se logró establecer solo hasta 1565 con el descubrimiento de la ruta de regreso por parte de Andrés de Urdaneta, desde el momento del acta de posesión por parte de Núñez de Balboa, las expectativas eran altísimas: “*Si, como en nuestro Señor se espera, para la Especería se halla navegación para la traer al dicho puerto de Panamá, como es muy posible, Deo volente, desde allí se puede muy fácilmente pasar y traer a estotra mar del Norte*” (Fernández de Oviedo 1950, 270). No hay que olvidarse que el objetivo original de toda esta empresa fue encontrar la vía más rápida a las Indias, “la Especería”, desde donde traer el gran tesoro en polvo y granos constituido por las especias.

1519 es también un año clave en la breve historia de Santa María de la Antigua. Como hemos visto, Pedrarias funda Panamá, su ciudad, en el Océano Pacífico y vuelve a fundar Nombre de Dios en el Atlántico, o sea, establece la ruta más breve entre los dos océanos y crea lo que, por un breve tiempo, será el eje central de la conquista. Ese eje fue desplazado rápidamente por la conquista del imperio Azteca por parte de Cortés, y sucesivamente por la empresa de Pizarro en el imperio Inca, lo que confina inevitablemente a Panamá a un segundo plano, accesorio para el pasaje de las mercancías hacia el Perú. Ni la tan esperada ruta del Pacífico hacia “la Especería” le dará más prestigio. Aquella ruta de regreso se descubrirá casi cincuenta años después de su fundación, adicionalmente las corrientes llegaban mucho más al norte: el puerto de llegada del “Galeón de Manila” será Acapulco.

Sin embargo, el año 1519 es el año de Pedrarias, el año en que se propone liquidar las cuentas pendientes. Nunca se había sentido a gusto en Santa María de la Antigua, teniendo en cuenta la presencia incómoda de Balboa y de todos sus secuaces, baquianos de aquella primera hora. La condena a muerte de Vasco Núñez en la plaza de Acla, junto a sus compañeros Fernando de Argüello, Hernán Muñoz y Andrés de Valderrabano, es el punto final de una querrela política y humana que había empezado con la llegada de Pedrarias a Santa María en el año 1514. Los dos se odiaron desde el primer momento y de nada había servido el matrimonio organizado por el obispo Juan de Quevedo entre la hija del nuevo Gobernador y Balboa en 1516, quienes nunca se conocieron ya que la esposa vivía entonces en España. La fundación de Panamá y la muerte de Balboa marcan el final de la ciudad de Santa María de la Antigua. Ese mismo año Pedrarias Dávila mueve la capital de Castilla del Oro a su nueva fundación, prometiendo repartición de indios y de tierras. *“Se vido claramente quel gobernador quería despoblar el Darién, assi porqué la había ganado y poblado Vasco Nuñez, su yerno, a quien había degollado”* (Fernández de Oviedo 1851-1855, III, 68)

Los efectos no fueron inmediatos y no todas las instituciones se movieron simultáneamente a la nueva capital. La Casa de Fundición, por ejemplo, continuó existiendo por lo menos hasta el año 1522 (Alonso de la Puente en Jopling 1994, 93) y la diócesis se mudó hasta el año 1524.

Otro factor importante para explicar el rápido declive de la ciudad fue su ubicación, tierra adentro del continente (y por ende lejos de las nuevas rutas de la conquista) y la imposibilidad de expandirse hacia la serranía y la cordillera occidental, debido a la resistencia tenaz de sus habitantes autóctonos.

Este aislamiento, la política del gobernador para atraer vecinos a su nueva capital, y la rápida disminución de la mano de obra indígena debido a las razones antes expuestas, motivaron la fundación de nuevos centros en áreas en ese momento mucho más estratégicas y determinaron el paulatino despoblamiento de Santa María de la Antigua entre 1521 y 1524.

“Cada día los vecinos se iban, porque el gobernador les prometía y daba indios de repartimiento y otros provechos a cuantos dejaban aquella ciudad” (Fernández de Oviedo 1851-1855, III, 70).

En 1524, cuando ya está casi completamente abandonada, los indígenas esclavizados, y *“otros que con*

ellos se juntaron”, matan a sus amos y destruyen y queman la ciudad. La mayoría de sus habitantes se han ido a la ciudad de Acla, razón por la cual durante algunos años será conocida como Santa María de la Antigua de Acla.

“Desde a dos o tres meses adelante se despobló el Darién, por el mes de septiembre del año de mil y quinientos y veinte y cuatro, e salidos los vecinos de la ciudad, quedaba de los postreros aquel Diego Rivero, que se dijo en el capítulo II del libro XXV, que se le había ido o alzado al gobernador Diego de Nicuesa con la barca, y lo dejó perdido en la isla del Escudo. Y sus propios indios deste Diego de Rivero, y otros que con ellos se juntaron, le mataron; y a un hijo suyo, de edad de ocho o diez años, le ahorcaron de la cumbrera de su propio buhío, e mataron a la madre de aquel niño y otros tres o cuatro cristianos enfermos, y quemaron la mayor parte de aquella ciudad, y entres las otras casas la mía” (Fernández de Oviedo 1851-1855, III, 114-115).

En un reciente e interesante artículo, José Luis Egío (2016) supone que fue justamente el gran defensor de la ciudad quien le dio el golpe de gracia. Después del traslado de la capital a Panamá quedaron encargados del gobierno de Santa María de la Antigua, en un primer momento el bachiller Diego Del Corral (del 6 de agosto 1519), y sucesivamente el propio Gonzalo Fernández de Oviedo (finales de 1521-1522). Como ya hemos visto en otro trabajo (Sarcina 2019, 188-190), el bachiller Del Corral y su familia tuvieron una gran influencia en la historia de Santa María de la Antigua y en la de Acla.

Del Corral fue uno de los primeros pobladores de la ciudad, llegando antes de la armada de Pedrarias, con Rodrigo de Colmenares. Poseía una casa en el sector principal de la ciudad y una “estancia” a una media legua fuera de la misma (Fernández de Oviedo 1851-55, III, 96). El bachiller Del Corral parece representar un ejemplo de intento de “integración” entre los recién llegados y las poblaciones autóctonas, construyendo en el interior de sus posesiones la representación de una gran familia extensa multicultural. En primer lugar, tuvo una relación públicamente manifiesta con una indígena, Elvira, de la familia del cacique de Bea, con quien tuvo por lo menos dos hijos (Perico y Ana). Tanto el cacique de Bea como el caci-

que de Corobará, a él encomendado, podían entrar y salir de las casas del bachiller como si hicieran parte de la familia, ya que este último tenía en la casa del bachiller a “su madre, e mujer, e hijos” (Fernández de Oviedo 1851-55, III, 96). Su criado Julián Gutiérrez se casó, pocos años después con una hija de otro cacique, quien también se había criado en las casas de Del Corral, con la cual, desde Acla, emprendió una labor diplomática con los caciques de la “Culata de Urabá” entre 1532 y 1535 (Sarcina 2019, 189-191). El mismo Diego Del Corral, una vez en España (forzosamente), transmitió al Rey cierta preocupación acerca de las condiciones de los indígenas encomendados y de las familias mezcladas. Entre las varias cartas del Rey Carlos I surgidas de las relaciones del bachiller, se destaca una de 1525 dirigida al Obispo de Santa María de la Antigua buscando que se favoreciera el matrimonio entre hijos e hijas de “*indios principales y caciques de esa tierra (...) con cristianos y cristianas españoles*” (en Jopling 1994, 108), y otra del 1528 en la cual pide que los indígenas llevados por Pedrarias Dávila en Nicaragua sean devueltos a sus familias “*de donde fueron llevados, porque de otra manera los dichos caciques están muy alterados y descontentos, porque muchos de ellos dicen que son hijos y parientes de los dichos caciques*” (en Jopling 1994, 112).

A esta impostación conciliadora, casi empática, con la población indígena del bachiller Del Corral (que veremos también en su criado Julián Gutiérrez), sigue una visión más conservadora de Fernández de Oviedo quien ve en el mestizaje y en el concubinato de sus compañeros españoles un pecado y una abominación (no hay que olvidarse que justo en 1520 Oviedo sufre la tragedia de ver morir a su hijo y a la esposa, pocos meses después de haberlos traído al nuevo hogar, y de haber construido una casa “*que ninguna hasta aquel tiempo había en la Tierra Firme como ella*” (Fernández de Oviedo 1851-55, III, 70).

Así que, cuando es designado como regidor de la ciudad, prohíbe las parejas mixtas (y los juegos de cartas) y termina encarcelando y enviando a España al mismo bachiller Del Corral, después de haber logrado sacar a los indígenas encomendados y relacionados al bachiller de la ciudad y de haber ajusticiado a los caciques de Guaturo y de Corobará. Del Corral es encarcelado no solo por concubinato (tenía una mujer en España que no veía hace doce años), sino también por haber intentado evitar la represalia en

contra de los dos caciques que condujo a sus muertes (Fernández de Oviedo 1851-55, III, 79).

Según Egío, el distanciamiento de los indígenas a causa de las leyes tan estrictas sobre las parejas mixtas por parte de Oviedo, fueron la causa final del abandono definitivo de la ciudad, especialmente por falta de mano de obra (Egío 2016, 40-45). Los dos modelos contrapuestos de ciudad, el mestizo de Del Corral y el hidalgo de Oviedo (Egío 2016, 40) que propone Egío son un punto de vista interesante que se asemeja mucho a los dos modelos de conquista protagonizados por Balboa y Pedrarias.

No obstante, no podemos saber si fueron efectivamente las directrices de Oviedo, en una ciudad ya en dificultad y drásticamente reducida en población e importancia, las que derivaron en un desastre social y económico con la magnitud para alejar a los pocos vecinos que quedaban. Oviedo viajó a España en julio de 1523 para pedir justicia, ya que no sólo había sido apuñalado por un partidario del bachiller, sino que además Pedrarias le había quitado el cargo de regidor de la ciudad para devolvérselo a Del Corral (enviado preso en España por Oviedo), de manera que es difícil saber lo que pasó en Santa María de la Antigua en su último año de vida, ya que ni Oviedo ni Del Corral estaban presentes. Paradójicamente, en 1526 los dos volvieron en el mismo barco a Santa María de la Antigua, donde tenían sus haciendas y casas, encontrándola ya despoblada y quemada.

1.3 LA APUESTA SOCIAL: EL ANHELO DE UNA PAZ

Aun cuando es muy interesante, a veces sorprendente, lo que pasó después del abandono y del incendio de Santa María de la Antigua en la región del Darién, va mucho más allá del alcance de este trabajo. Lo que se puede decir, rápidamente, es que después de Santa María de la Antigua y a pesar de que múltiples actores se disputaron este territorio no habrá nunca más un control estatal sobre esta región, exceptuando, si se quiere, el largo periodo de soberanía territorial ejercida por el pueblo Guna-dule entre mediados del siglo XVI y finales del siglo XIX.

De acuerdo con una descripción del 1575 “*El distrito de la audiencia de Panamá, primero llamada Castilla del Oro, y después Tierra Firme, es muy pequeña y de pocos pueblos, porque principalmente*

reside allí para el despacho de las flotas y mercaderes que van y vienen al Perú (...). (Hay) solo tres pueblos de españoles; y aunque cuando se descubrió había muchos indios en ella, ahora no hay más que cinco o seis poblesuelos dellos, en que alza como trescientos o cuatrocientos que no tributan por su pobreza en la gobernación de la audiencia” (en Jopling 1994, 16). Los tres “pueblos de españoles” eran Panamá, “*pueblo de cuatrocientos vecinos, los más mercaderes y tratantes*”; Nombre de Dios, “*de ciento y cincuenta o doscientas casas de mercaderes y tratantes que acuden allí cuando llegan las flotas, que cuando no, las más están vacías*”; y Natá, “*de treinta vecinos*” (en Jopling 1994, 16). Además de la desolación general de la región del Istmo que refleja esta descripción, tan sólo 65 años después de la llegada de Balboa y Enciso, se entiende que los españoles controlaban a duras penas la parte occidental de la que fue el área Cueva. El territorio al occidente del Golfo de Urabá hasta Nombre de Dios, no tenía en ese momento un solo poblado español, ya que Acla también había sido abandonada en un momento del que no hay precisión, seguramente con fecha posterior a 1536.⁶

El despoblamiento general de toda la región tuvo algunos efectos importantes: en primer lugar, las extensas tierras trabajadas por las poblaciones indígenas antes de la llegada de los españoles se volvieron baldías y, por lo que se entiende de las investigaciones paleoecológicas en la laguna de La Yeguada en Veragua y en la Ciénaga de Cana en el Darién Panameño (Cooke et al 2003, 11-12), producto de esto se generó un fenómeno de reforestación muy veloz. Esta rapidez en la reforestación del área, especialmente en el Darién, fue posible por las técnicas agrícolas prehispánicas que, evidentemente, lograban mantener bosques florísticamente intactos entre las áreas cultivadas (Cooke et al 2003, 13). En segundo lugar, este despoblamiento hizo que el Darién se constituyera en el escondite perfecto para los esclavos cimarrones que empezaron a llegar de forma creciente al puerto de Nombre de Dios.

Hay una historia muy interesante, que se desarrolla entre 1532 y 1535, de un “vecino” de Acla llamado Julián Gutiérrez, quien en 1532 se encuentra con un grupo de cimarrones a pocos kilómetros del lugar donde antes había estado la ciudad de Santa María de la Antigua (ver Sarcina 2019, 188-193). En medio de una disputa territorial entre la nueva y rampante Gobernación de Cartagena, al mando de Pedro de Here-

dia, y la Gobernación de Panamá, que en aquellos años tiene como gobernador interino a Antonio de la Gama (1529-1532), sucedido por Francisco de Barrionuevo (1532-1536), Gutiérrez llega al sitio donde todavía existía memoria del puerto marítimo de la ciudad:

“Allegamos al dicho puerto viernes en la tarde. Y otro día después de comer nos fuimos el río arriba del Darién por el toldo y otros el río arriba y fuimos a donde solía ser el pueblo (...) y el dicho Julián Gutiérrez fué en pos de ello y yo con él el río arriba una legua, siguiendo el rastro de dos o tres negros. (...) y fuimos siguiendo el rastro hasta que fué noche y allí paró el dicho Julián Gutiérrez. (...) y dende a un rato volvieron los dichos indios adonde había quedado el dicho Julián Gutiérrez y los compañeros a hacerle saber cómo el dicho Gonzalo había topado con un rancho y en él estaban ciertos negros asando carne en un fuego. (...) el dicho Julián Gutiérrez preguntó al dicho Gonzalo si con los negros había visto algunos indios, y el dicho Gonzalo dijo que no, sino a los negros que estaban cantando. (...) Y paramos ahí hasta que se durmiesen. (...) Y luego comenzó el dicho Julián Gutiérrez con los compañeros el río arriba, y el cacique con sus indios por el arcabuco, y como llegamos dimos sobre ellos. Y el dicho cacique e indios se espantaron de ellos y quedamos nosotros solos con los dichos negros, y a uno que se iba huyendo el dicho cacique Everaba le tiró una flecha con yerba y le dió con ella en el costado y cayó el dicho negro en el río. Y como no hubo nadie que fuese a él, que los indios no osaron, el dicho negro se levantó y se fué de manera que de tres que eran los dichos negros el uno tomamos habido y los dos se fueron huyendo, el uno herido de hierba y el otro con muchas cuchilladas, que creo que no escaparía ninguno hasta que ya lo dejamos por muerto” (Friede, doc. 401, p. 340-341).

La voz narrativa de este paso es el escribano y veedor Gil de Morales, que acompaña Gutiérrez en éste viaje.

De este largo fragmento se rescatan datos muy interesantes: En primer lugar, se mencionan las dos formas para llegar al sitio donde estaba la ciudad: la primera era un camino que evidentemente empezaba donde estaba “el toldo”, o sea, la construcción que tenía funciones de almacén en la costa; la segunda, más larga, era subiendo por el río Darién. Por otra parte, una vez en el sitio donde estaba Santa María, el grupo sigue los “*rastros de dos o tres negros*” (un grupo pequeño de esclavos cimarrones), por un tra-

yecto de una legua, es decir, aproximadamente 5 km río arriba. Por cómo reacciona Gutiérrez a la noticia de los cimarrones, su presencia no parece ser una novedad en esta área. Interesante sería saber con precisión cuáles fueron los “rastros de negros”, ya que inmediatamente fueron reconocidos como rastros de esclavos fugitivos; tal vez restos de campamento o cenizas de fogones. De cualquier forma, queda claro que en ese momento, en el sitio donde había existido Santa María de la Antigua del Darién, no había ninguna presencia permanente de indígenas. Por último, la presencia de un pequeño grupo de esclavos africanos fugitivos que allí se asentaba en “un rancho”, probablemente en forma transitoria, llama la atención porque es muy temprana y porque indica la posibilidad de que fuera una muestra de un fenómeno mucho más amplio en un territorio abandonado por los españoles y de difícilísimo control. No podemos hablar de “palenque”, pero la imagen de una empalizada donde un grupo de africanos cocinaba carne y cantaba sus canciones resulta muy evocadora y revela la presencia de, aunque efímeros, algunos primeros asentamientos.

Llama la atención, igualmente, el temor que mostraron los indígenas frente a los africanos: siendo 26 contra 3, ninguno de ellos logra acercarlos. Aunque

esto podría probar el escaso contacto entre estos dos grupos étnicos, la pregunta de Gutiérrez a su segundo traductor Gonzalo, “*si con los negros había visto algunos indios*”, hace pensar que no debió ser rara la acogida de estos fugitivos por parte de grupos indígenas (Sarcina 2019, 193).

Hoy en día la zona donde se fundó Santa María de la Antigua del Darién se ubica en el norte del Chocó en Colombia, a unos 500 metros del Río Tanela, afluente del Atrato, a través de la Ciénaga de Marriaga. Esta área de bajas colinas, últimas ramificaciones de la serranía del Darién, ahora se caracteriza por tener amplias fincas ganaderas, testimonio de una ocupación territorial de unos pocos grandes terratenientes, a veces resultado directo o indirecto de los conflictos y violencia vividos en esta parte del país entre 1997 y 2005 (GMH 2013, 145-146). La presencia estatal en esta parte del país es mínima y de hecho la zona se encuentra todavía bajo el control de grupos armados, denominados BaCrim (Bandas Criminales), que representan la prosecución de los grupos paramilitares que los precedieron.

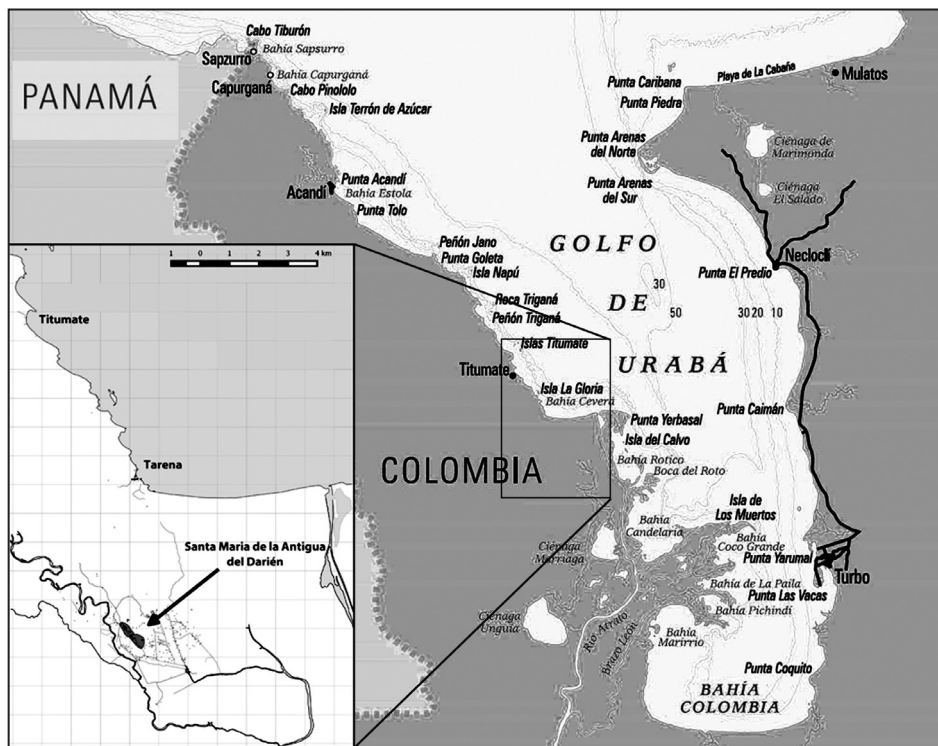


Figura 7. Golfo de Urabá, ubicación de Santa María de la Antigua del Darién.

El Bajo Atrato y, particularmente el municipio de Unguía, se han caracterizado por presentar un patrón de poblamiento heterogéneo. A las poblaciones autóctonas Guna-dule (que posiblemente han ocupado parte de las tierras de las poblaciones de habla Cueva, y quienes por primera vez tuvieron que confrontarse con los españoles en Tierra Firme) se han ido agregando, desde el siglo XVIII, grupos Embera provenientes de las partes altas y medias del Río Atrato y de la cuenca del Río Baudó. Poblaciones afrodescendientes llegaron también del Chocó central y del Atlántico a mediados del siglo XIX, siguiendo el auge de la explotación maderera (Restrepo 2011). Desde mediados del siglo XX se desarrolló una importante corriente migratoria de población cordobesa, seguida por población antioqueña y del Viejo Caldas. La apropiación de tierras en la región por parte de familias relacionadas con los grupos paramilitares, en particular la familia Castaño, generó, entre finales de los años '90 del siglo pasado y la primera década de este siglo, fenómenos graves de violencia y desplazamiento. Muchos de los habitantes de Tanela y Santuario, donde se encuentra el sitio arqueológico, han sido víctimas directas de estas dinámicas (Galindo en PEMP, 2014).

Para el Ministerio de Cultura de Colombia y para el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), ha sido una apuesta importante el proceso conducente a la identificación y ubicación de la ciudad (2013), a la formulación de un Plan Especial de Manejo y Protección (2014), al consecuente reconocimiento como Bien de Interés Cultural de la Nación (2015), a la creación del Parque Arqueológico (2016) y a la construcción de la Casa Patrimonial-Museo (2017).

Realizar un proyecto arqueológico en el Urabá chocoano no es exactamente cómo hacerlo en Toscana o en el Worcestershire, y no solo por los factores climático y ambiental.

En la región de Urabá entre 1986 y 2002 se ha registrado el asesinato de 795 sindicalistas y de centenares de campesinos (propietarios u ocupantes de hecho), habitantes de barrios populares y administradores de fincas bananeras (Ortiz 2017). En la zona del Darién chocoano la violencia desatada por los grupos paramilitares, con el aparente objetivo de ocupar los territorios de la guerrilla de las FARC, quienes tenían una fuerte presencia en la región, se caracterizó más bien por ser parte de una estrategia de concentración de la tierra en las manos de pocos en una especie de “contrarreforma agraria paramilitar” (Barbosa 2015,

51). El 65% de la población desplazada por las violencias paramilitares era propietaria de la tierra y el 87% de esta población estaba organizada en minifundios, de manera que la gran mayoría de este suelo fue abandonado o vendido a muy bajos precios (Barbosa 2015, 51). La estrategia paramilitar consistió en obtener el control territorial absoluto, mediante la “ganaderización y potrerización” del territorio desde Riosucio hasta el Darién, con una fuerte componente de deforestación (Barbosa 2015, 51). Durante este largo periodo, la presencia estatal, especialmente en forma de ofensivas militares, ha sido muy esporádica y contradictoria. Es así que la ocupación y re-feudalización de las tierras, la violencia contra la población civil y el abandono por parte del estado, han determinado el control de las rutas terrestre y marítima del narcotráfico hacia Panamá, de la minería ilegal y del contrabando, y en los últimos tiempos de la ruta de la emigración ilegal.

Después de la desmovilización de las AUC (Autodefensas Unidas de Colombia), los grupos paramilitares se han transformado en grupos ilícitos conocidos como Los Urabeños, después como el Clan Úsuga y luego como el Clan del Golfo, que mantienen la misma organización de los grupos precedentes. Últimamente se han autodenominado Autodefensas Gaitanistas de Colombia, a fin de volver a tener un papel político en el país, ya que controlan “de facto” una parte del mismo, tanto que lograron imponer dos paros armados regionales en el enero de 2012 y marzo 2016 en 182 municipios del país (Ortiz 2017).

Amplias operaciones militares, como las recientes Agamenón y Agamenón II han permitido realizar miles de capturas, sin lograr, en cualquier caso, desarticular a este grupo.

Realizar un trabajo arqueológico en este contexto, donde las problemáticas sociales son gravísimas y la falta de los servicios de base en buena parte de las veredas y corregimientos es absoluta, ha implicado intentar entender cómo desde un proceso asociado a la arqueología se puede contribuir en el desarrollo social de un determinado lugar.

Encontrar y valorizar la “primera ciudad española en la tierra continental de América” en un sitio tan aislado y olvidado, puede claramente tener una incidencia en el territorio objeto de la investigación y, con el tiempo, en toda la región. ¿Cómo hacer que los impactos sean positivos para la población local? ¿Cómo hacer que se genere una apropiación cultural

del sitio arqueológico por parte de las familias que viven en el lugar o cerca del mismo? ¿Cómo hacer que gente que ha sido despojada de todo, que ha tenido que alejarse varias veces de su hogar, que vive sin acueducto, sin alcantarillado, sin puesto de salud, sin energía eléctrica, pueda sacar provecho del pequeño turismo que un sitio de esta importancia pueda generar, mejorando en alguna forma su calidad de vida?

Estas preguntas quedan, al momento de la redacción del presente trabajo, sin una respuesta definitiva, ya que nos encontramos iniciando un largo camino.

Desde el comienzo, la investigación arqueológica se ha desarrollado con una metodología de trabajo en acuerdo con la comunidad. Como primera aproximación al territorio nos acercamos a las comunidades de la región realizando encuentros y reuniones con el fin de socializar el propósito de la investigación y de acordar las formas para realizarla. Hoy en día la región está habitada por una variedad de comunidades que determinan una riqueza cultural muy interesante: indígenas Embera Dobidá, Embera Katío, Guna-dule, afrodescendientes asentados en las bahías costeras y en las ciénagas, colonos de origen cordobés⁷ y paisas.⁸ Con todos estos grupos, además de los representantes de la alcaldía local y de la iglesia católica, se empezó una larga conversación alrededor de sus temores y requerimientos, aunque inicialmente fueron muchos más los temores, naturalmente. Dentro de las peticiones estaba que los objetos encontrados no salieran de la región, ya que los habitantes siempre se habían sentido despojados por todas las misiones arqueológicas precedentes (desde la del Rey Leopoldo de Bélgica hasta la de la Universidad Nacional de Colombia); que la mano de obra fuera contratada teniendo en cuenta a todos los grupos presentes, es decir, que hubiese un poco de afros, un poco de indígenas y un poco de colonos; y que se lograra organizar una Casa Patrimonial de la cultura, donde dejar los hallazgos y, ojalá, montar un museo.

A parte de la dificultad de tener todo el material extraído de las excavaciones en el Darién, cosa que hubiera (y de hecho ha) forzado a los investigadores a viajar hasta ahí para su estudio, todos los requerimientos nos parecieron perfectamente consonantes con nuestras ideas de trabajo.

Desde el principio, en el año 2013, se ha trabajado siempre con personal local, perteneciente a diversos grupos poblacionales, empleando en cada temporada entre 20 y 40 obreros. Se han realizado talleres y cla-

ses de nivel universitario para los trabajadores y para quienes estuvieran interesados en metodología estratigráfica, dibujo de la cerámica arqueológica, dibujo y fotografía de campo, estudio de los macrorrestos vegetales, entre otros. Entre las muchas cosas que hacen falta en el corregimiento de Tanela, donde se desarrolla nuestro proyecto, es una buena oferta educativa. No solo hay pocos cupos y pocos profesores para el número de niños y jóvenes, sino que además no existe casi ninguna posibilidad de continuar los estudios de nivel universitario. Las universidades se encuentran en ciudades muy lejanas y cubrir el costo de viajar, mantenerse y pagar la matrícula no es viable teniendo en cuenta la economía de casi todas las familias del territorio. Adicionalmente, la educación primaria y la secundaria (con excepción de la escuela superior de Gilgal) son de un nivel muy básico. Esto no significa que las personas no tengan el mismo deseo de aprender como en todo el resto del mundo. Por eso nuestras aburridas clases de arqueología se han vuelto tan concurridas: somos los primeros en traer algo distinto para alimentar esa hambre de conocimiento.

Al mismo tiempo, los obreros, aprendiendo en estas clases sobre método arqueológico, entienden mejor el sentido de su trabajo y van transmitiendo sus nuevos conocimientos a sus familias. Esto naturalmente no es automático y ocurre inicialmente solo con las personas particularmente sensibles a lo que se está realizando, pero pasa de a poco en poco. En seis años de presencia y de trabajo en el sitio podemos contar con algunos habitantes que han querido participar en todas las temporadas, no solo por el aspecto económico (que, obviamente es importante), sino también porque les gusta el tipo de trabajo y han venido aprendiendo a desarrollarlo. Por lo menos unas diez personas hoy en día manejan la excavación estratigráfica con muy buen nivel. También hay familias que se han ido acercando al proyecto y se volvieron muy sensibles al tema del patrimonio arqueológico que se encuentra en su territorio.

Por último, el hecho de trabajar prioritariamente con personal local (y no trabajar, por ejemplo, exclusivamente con grupos de estudiantes traídos de la ciudad) hace, en primer lugar, que el proyecto sea conocido directamente por un gran número de personas y sus familias. En seis años hemos trabajado con más de 130 personas procedentes de los poblados vecinos (Santuario, Tanela, Citará, La Loma, Cuti). En segundo lugar, permite que la población local co-



Figura 8. Clases de dibujo arqueológico, de restauración, de estudio de los macrorrestos vegetales en el sitio de Santa María de la Antigua del Darién.

nozca con precisión el tipo de material que se está excavando, y deja claro que no hay tesoros increíbles que se estén trasladando a otros lugares (aun cuando siempre habrá alguien que así lo exprese). Y en tercer lugar, que se genere una pequeña economía alternativa en los meses de trabajo de campo. Por ejemplo, las mujeres en esta región del país usualmente no trabajan fuera de sus casas o de sus parcelas; sin embargo, en las excavaciones arqueológicas son bienvenidas, tanto que, en los últimos años han superado en número a los hombres.

No obstante la dificultad de tener que realizar todos los estudios en el Darién, se tuvieron en cuenta las peticiones de la comunidad y se dejó todo el material hallado en las excavaciones en una casita alquilada para este fin, que en los primeros años tuvo la función de laboratorio y lugar para una pequeña exposición. En el año 2015 el Ministerio de Cultura reconoció el sitio arqueológico de Santa María de la Antigua del Darién como Bien de Interés Cultural de la Nación y en el año 2016 se constituyó el Parque Arqueológico.

Estábamos realizando algo bastante extraordinario en unos de los sitios más “calientes” de Colombia, donde las necesidades prioritarias, tal vez, eran de otra magnitud; sin embargo, nuestra apuesta social era realizar algo absolutamente “normal”, como una excavación arqueológica, un Parque Arqueológico, en un sitio donde todo era absolutamente “anormal”, desde la situación socio-política, hasta la ausencia de todo servicio básico.

Ir poniendo gotas de normalidad de a poco en poco (unas clases universitarias, unas excavaciones arqueológicas, un Parque Arqueológico, una Casa Patrimonial, un Museo...), hasta crear un charquito, hasta que se prenda un foco y alguien advierta: ¿cómo que no hay agua corriente? ¿Cómo que no hay alcantarillado? ¿Cómo que no hay un puesto de salud? ¿Cómo que no hay luz eléctrica?

No vamos a resolver el conflicto armado con una excavación arqueológica, eso lo sabemos bien, pero podemos influir en algo, dejar unas perspectivas distintas en la gente, hacer parte de un fenómeno mucho

más grande que se está dando en Colombia desde hace por lo menos quince años, a partir del trabajo de un grupo de personas dispuestas y valientes que buscan la normalización del país, analizando el conflicto y haciendo memoria del mismo, sin que el conflicto haya terminado, y con todos los actores todavía en campo. Un anhelo de paz de buena parte de la sociedad colombiana, que ha obtenido logros como el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, las organizaciones de víctimas, el proceso de paz con las FARC, entre muchos otros. Un fenómeno extraño, posiblemente solo colombiano, tan frágil como valeroso. Hablar de posconflicto en medio del conflicto es casi un acto mágico o psicomágico, citando a Jodorowsky.

El hecho de haber constituido el Parque y construido la Casa Patrimonial, por lo menos ha traído a la vereda de Santuario luz eléctrica, aunque todavía intermitente y solo por unas horas al día. La inauguración

oficial tuvo lugar en el abril del 2019, con presencia de todas las autoridades nacionales y locales, así que se espera que los efectos no tarden en manifestarse.

Mientras tanto la Casa Patrimonial se está fortaleciendo como centro cultural local, especialmente gracias a la institución de un Comité de Propuestas Culturales, compuesto por los representantes de todas las comunidades y de las instituciones locales.

1.4 ANTECEDENTES ARQUEOLÓGICOS

Como hemos visto, la presencia de Santa María de la Antigua del Darién quedó de forma más o menos precisa en los mapas de América, aun cuando la ciudad ya había desaparecido hacía mucho tiempo.

En el año 1956 el Rey Leopoldo III de Bélgica, luego de abdicar, organizó una expedición para encon-

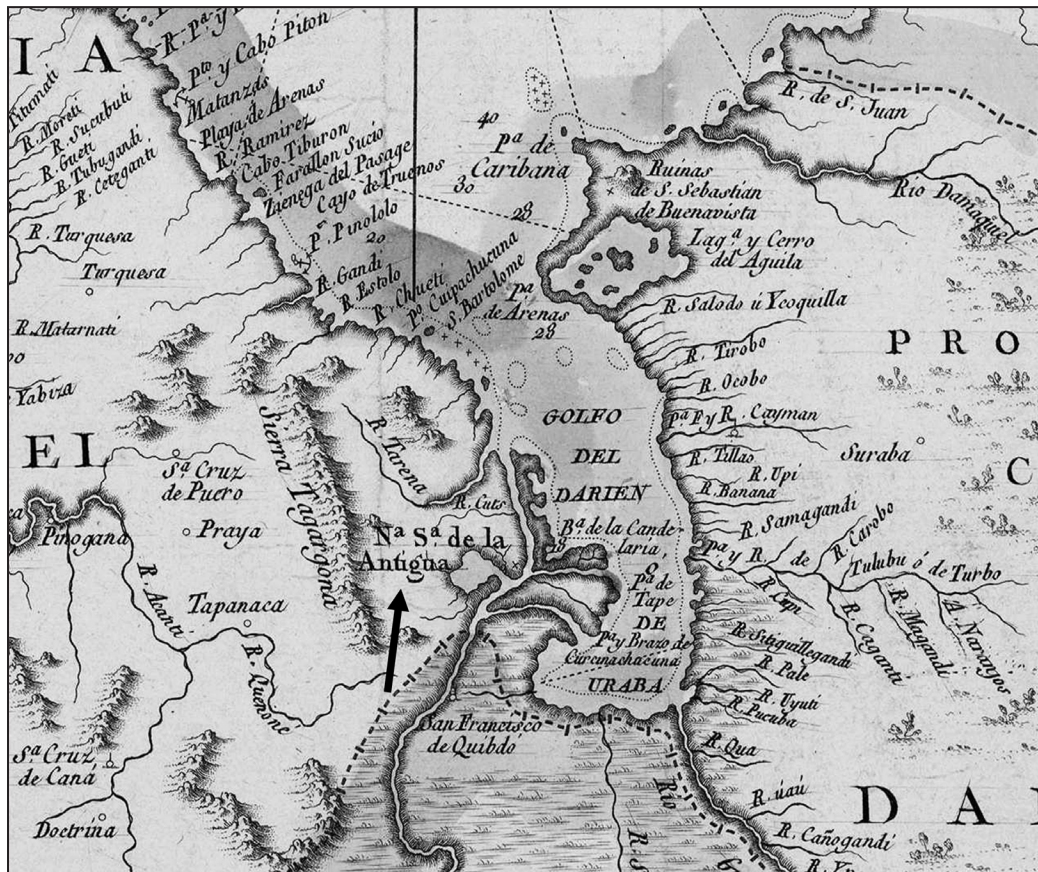


Figura 9. Carta Marítima del Reyno de Tierra Firme ú Castilla del Oro. Comprehende el Istmo y Provincia de Panamá, las provincias de Veragua, Darién y Biruquete. Por Don Juan López, geógrafo Pensionista de S.M. Individuo de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla y de la sociedad de Asturias. 1785. Particular (da Mr. D'Anville y Lionel Wafer y Jefferis).

trar la ciudad, en la cual participaron el historiador Charles Verlinden y los arqueólogos Joseph Mertens y Gerardo Reichel Dolmatoff. Llama la atención la forma como se llegó a la exacta ubicación de la ciudad, descrita en los primeros párrafos del artículo de Verlinden (1958, 5-8), quien, a partir de la discusión de varios estudiosos sobre si el Río Darién era el actual Cuti, Tisló o Tanela, llegó a la conclusión de que tenía que ser este último.

Pero a esta misma conclusión había llegado más de diez años antes el arqueólogo antioqueño Graciliano Arcila Vélez, aunque la noticia fue publicada tan sólo en 1955 (1955, 281-285).

En la breve expedición del Rey Leopoldo, que fue de hecho la primera de gran envergadura, los arqueólogos abrieron trincheras con una técnica más acorde con una arqueología monumental que a la que se tendría que utilizar para encontrar las huellas de poste, únicos restos de los edificios en madera y palma que constituían la ciudad. De todos modos, fueron muchos los hallazgos, entre ellos varios fragmentos metálicos y cerámicos europeos compatibles con el arco cronológico de Santa María de la Antigua (Verlinden et al. 1958, 36-42).

Además de la expedición del Rey Leopoldo, la única investigación digna de notar es la del mismo

Graciliano Arcila quien, entre 1948 y 1977, realizó varias exploraciones y excavaciones en el área donde se encontraba la ciudad. Los resultados de sus investigaciones están contenidos principalmente en el volumen Santa María de la Antigua del Darién, de 1986.

Después de realizar un levantamiento topográfico en 2016, hemos por fin podido leer los planos realizados por Verlinden y Arcila, ya que los dos se basaban en las alturas de la zona.

Sobreponiendo los planos a nuestro levantamiento topográfico, hemos precisado los sitios donde el rey Leopoldo realizó sus trincheras y Graciliano excavó sus cuadrículas.

Los dos identificaron el sitio de la ciudad en lo que ahora sabemos es su mitad meridional, donde efectivamente se encuentra el mayor número de vestigios de origen europeo (veremos en el capítulo 3 la razón). El error se generó probablemente, por una mala interpretación del antiguo curso del Río Darién ya que, al momento de sus expediciones, uno de los brazos del antiguo río todavía contaba con la suficiente agua para ser navegado en los meses de invierno. Ahora sabemos que el curso principal corre unos 500 metros más al norte y es precisamente desde ese punto que empieza el sitio de la ciudad.

En el año 2013, el Instituto Colombiano de Antro-

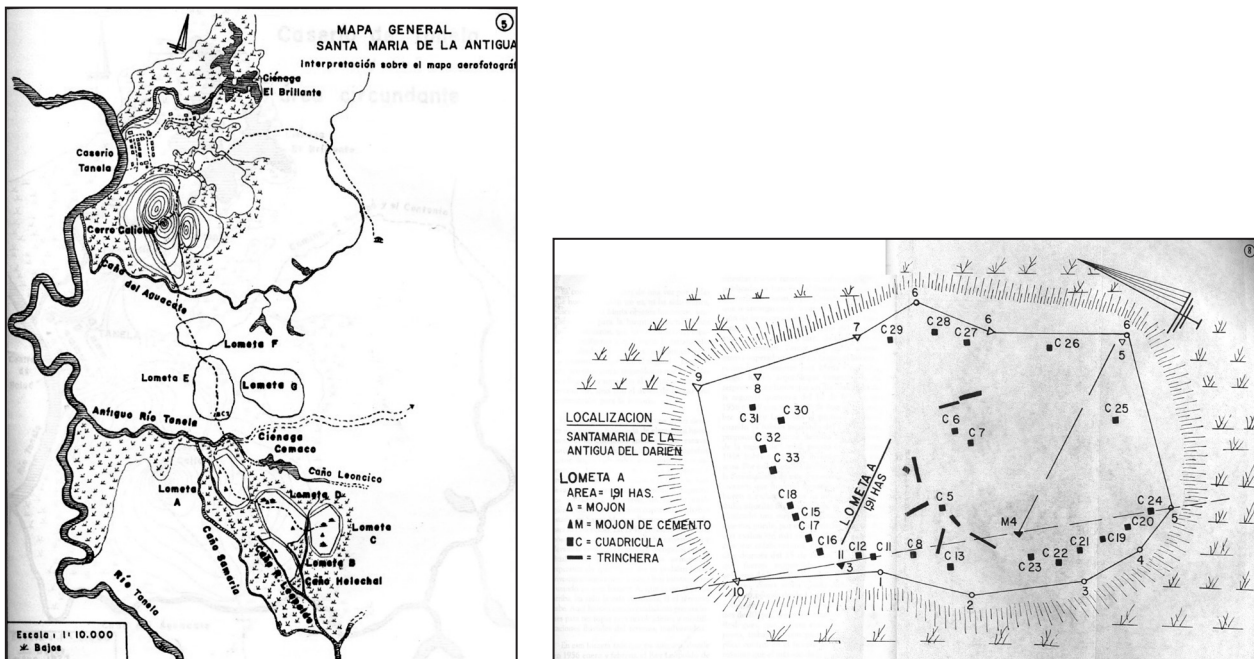


Figura 10 de Arcila Vélez 1986: Plano general del área y plano de la "lometa A" la más intensamente estudiada por el arqueólogo antioqueño.

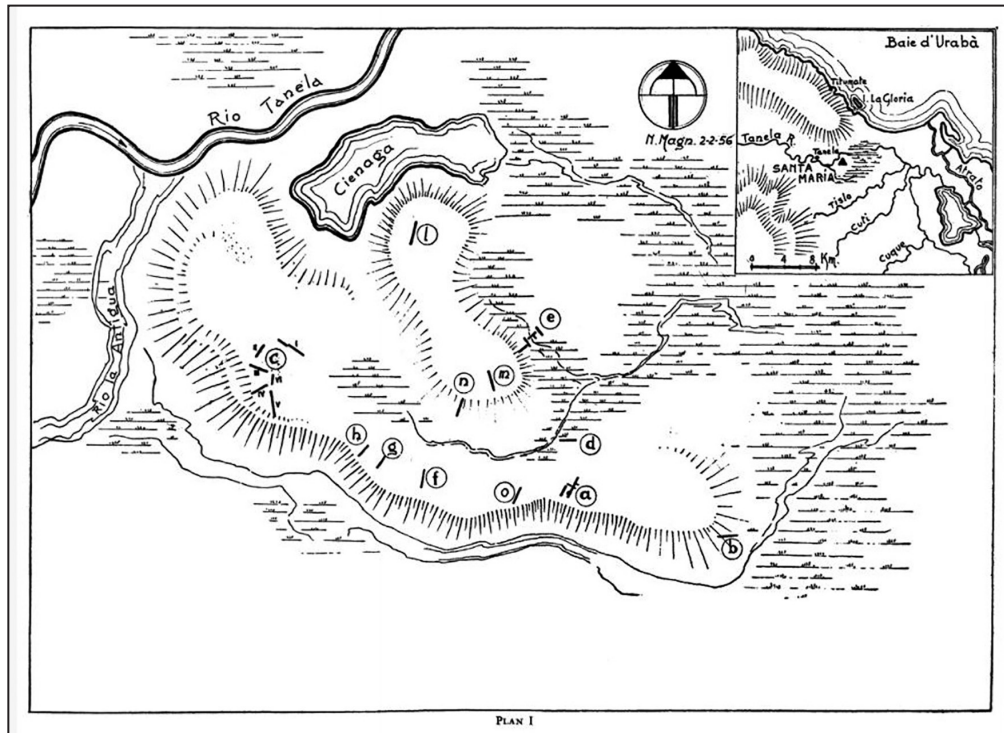


Figura 11. Verlinden et al. 1958: Plano general del área.

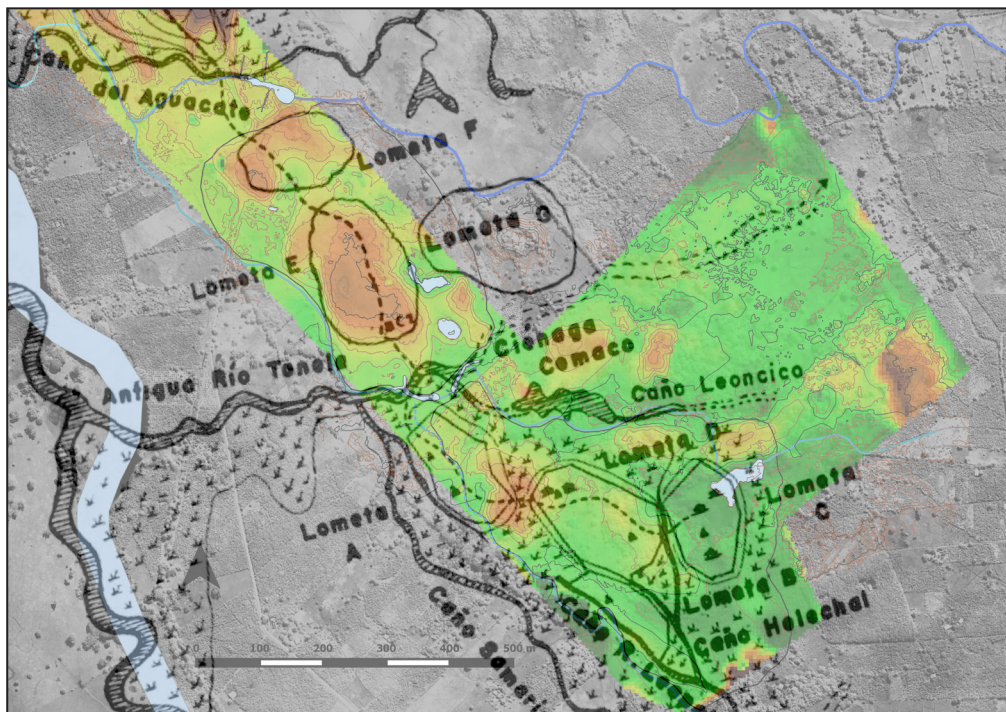


Figura 12. Superposición del plano general de Arcila Vélez al levantamiento topográfico. Todas las cuadrículas se abrieron en las lometas A, B, C y D. Lo que Graciliano interpretó como “Antiguo Río Tanela” era uno de los brazos del Darién, el curso principal era donde él anota el “caño del Aguacate”.

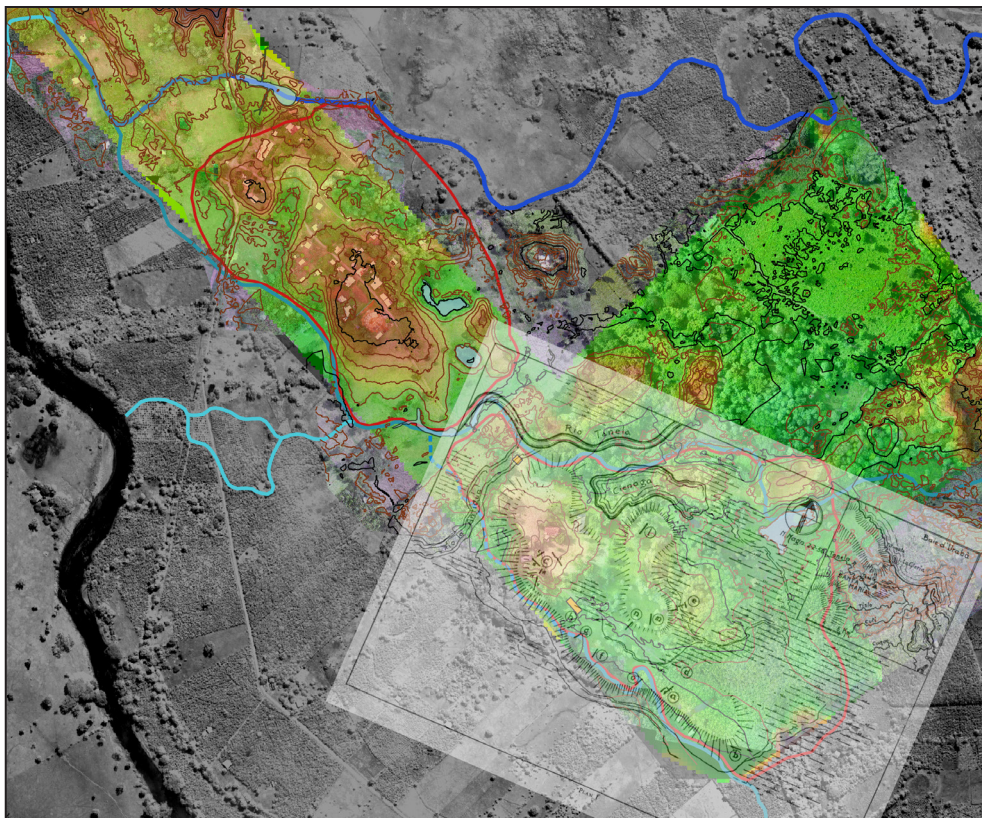


Figura 13. Como resulta claro en esta superposición, igualmente el rey Leopoldo, en el 1956, se concentró en las alturas de la parte meridional de la ciudad.

pología e Historia – ICANH y el Ministerio de Cultura de Colombia, impulsaron, bajo la coordinación del entonces subdirector científico Ernesto Montenegro, un proyecto para el reconocimiento y la delimitación de la ciudad de Santa María de la Antigua del Darién,

lo que llevó a la creación de un Parque Arqueológico en 2016, a la construcción de una Casa Patrimonial-Museo y a la continuidad de las investigaciones realizadas hasta el momento, del cual esta publicación es el principal resultado.

NOTAS

1 El más antiguo indicio de este nombre lo encontramos probablemente asignado a la iglesia de *Santa María Antigua* en el actual Foro Romano, llegando al Palatino. Es alrededor del año 552 d.C. que, una vez conquistada Roma, los Bizantinos restauraron parte de los acueductos, de las murallas y de los palacios imperiales. En un aula rectangular y en un cuadrilátero del antiguo palacio de Domiciano, fundaron una capilla dedicada a la Virgen, probablemente una de las primeras iglesias dedicadas a María. Después del terremoto del año 847 fue abandonada y el título transferido a la nueva iglesia de Santa María Nova. De ahí la denominación de “Antigua”.

2 Es una cifra muy tentativa y conservativa, en contraste con las estimas de otros autores que hacen hipótesis en mi concepto demasiado reductivas (Castillero Calvo habla de 150.000-250.000 personas, 1995 p. 39; Romoli de 230.000, 1987 p. 28). Los datos relativos a sitios panameños agrícolas ubicados en aldeas fluviales del siglo XVI estiman una densidad poblacional de 39 hasta 44 personas por km² (Cooke et al. 2003, 6-8) mucho mayor de la propuesta por Romoli de 9,1 personas por km². Hay que suponer una densidad parecida en la parte occidental del territorio Cueva, a partir del cacicazgo de Comogre, y en la banda pacífica. La parte más oriental, donde se situaba el cacicazgo de Darién, era, cuando llegaron los españoles, menos densamente poblada.

3 Por ejemplo Gonzalo Fernández de Oviedo, que vivió en Santa María desde el 1514 hasta el final, fué veedor de fundiciones y luego alcalde de la ciudad. Es el gran cronista de la primera fase de la conquista y una de

las fuentes principales para la reconstrucción de la historia de la primera ciudad en Tierra Firme.

4 No conocemos la fecha de su nacimiento, pero según todos los cronistas era un hombre ya anciano (entre sesenta y setenta y cuatro años). De todos modos desde su llegada a Tierra Firme de América hasta su muerte en León (Nicaragua) en 1531, pasaron diecisiete años (Mena García 1998, 30).

5 Oviedo habla de “veinte y dos naos e carabelas”, Andagoya de “diez y nueve naos”, Pedro Mártir de Anglería de “diecisiete naves” (Fernández de Oviedo 1851-1855 III, 327; Andagoya 1986, 10; Anglería 1989, 200 en Mena 1998, 252).

6 En los años entre 1532 y 1536 se genera una verdadera guerra interna entre la nueva gobernación de Cartagena y la gobernación de Panamá sobre los límites entre las dos gobernaciones. El gobernador interino de Panamá Antonio de la Gama y el sucesivo Francisco de Barrionuevo arman un verdadero ejército, al mando de Julián Gutiérrez vecino de Acla y antiguo habitante de Santa María de la Antigua, donde, como hemos visto, era criado del Bachiller Del Corral, para enfrentarse al nuevo gobernador Pedro de Heredia. La fundación de San Sebastián de Buenavista en 1535 y la derrota de Gutiérrez sanciona la victoria definitiva de Cartagena y, probablemente, la decadencia de Acla.

7 Departamento de Córdoba, en la Cosa Atlántica.

8 Así se denominan los habitantes de las regiones cafeteras de Colombia, especialmente los departamentos de Antioquia, Caldas y Risaralda.